

CUADERNOS DE ORIENTACIÓN POLÍTICA



ANTECEDENTES
HISTÓRICOS
DE LA SUBVERSIÓN
UNIVERSAL

POR

GONZALO TORRENTE BALLESTER

1500



CUADERNOS DE ORIENTACIÓN POLÍTICA

**ANTECEDENTES HISTÓRICOS
DE LA
SUBVERSIÓN UNIVERSAL**

POR

GONZALO TORRENTE BALLESTER

**BARCELONA
MCMXXXIX**

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LA SUBVERSIÓN UNIVERSAL

ES totalitario el signo de los tiempos ; y la naturaleza de los males políticos y sociales que padece el mundo es tal, que exige en la solución una participación del mayor número verdaderamente extraordinaria. Examinando la raíz y la esencia de los problemas presentes, se explica uno la necesidad de esas gigantescas movilizaciones de masas, ordenadas y encuadradas, a que ya está acostumbrada la retina, gracias a la propaganda gráfica que se hace en determinados países. Nunca como ahora se ha exigido del pueblo, de su totalidad, sin exclusiones de ningún género, parte mayor en el gobierno del país, mucho mayor, desde luego, que la que le corresponde en los países democráticos, ya que en aquellos esa participación gubernativa se limita a emitir un voto periódicamente, y a alborotar por las calles al dictado de la combinación política de cualquier partido o capitoste, cuando no al de una nación extraña y de intereses opuestos a la propia.

Una colaboración así, mucho más delicada que la acostumbrada de cotizar trimestralmente la contribución, exige mayor conocimiento del pueblo de los modos de gobernar; de los instrumentos de gobierno, de doctrinas, estilos y modos, y aun de los fundamentos y razones de la forma misma de gobierno. No pretendiendo que el pueblo goce de un conocimiento jurídico que está muy lejos de poder alcanzar, sino más bien que alcance un saber casi intuitivo de las cosas más convenientes ; saber que transmitido luego por educación y por tradición, haga posible la continuidad del sistema y su eficacia ; y haga posible también el entusiasmo y el calor popular en las futuras empresas nacionales.

Muchos son los que, frecuentemente, se preguntan, por ejemplo, a qué se debe el estado universal de subversión cuyas noticias llegan, fragmentariamente, desde hace años, al general conocimiento; y aun aquellas otras manifestaciones más dramáticas, como fueron los intentos de revoluciones marxistas en Europa y fuera de ella y la presente guerra de España. Miradas a sabiendas miopes y de corto alcance, distribuidas en la prensa diaria, acostumbran a razonar con causas, al servicio de intereses más o menos confesables, cuando no a hilvanar sofismas de izquierda o derecha intención y etiqueta, que sólo conducen a opinión confusa y espiritual desbarajuste en el pueblo. Sin embargo, el revoltijo absoluto que el mundo padece de años acá—los que vivimos hoy apenas recordamos día pacífico—tiene sus raíces enterradas en muy antiguos sucesos; unas ya declaradas al conocimiento general, otras hurtadas al mismo; generalmente, dichas con parcialidad y por partes, convertidas en medias razones, lo que hizo posible que los pueblos anden ahora partidos en izquierdas y derechas, que se reparten a medias la razón y la sinrazón también.

Se quiere en este opúsculo mostrar, para popular conocimiento, la totalidad de las causas y razones antedichas, con su trabazón, relaciones y consecuencias, para hacer más explicable la crisis actual del mundo, y muy principalmente la que, de mucho más cerca, nos afecta a los españoles. No se hará, naturalmente, para ello, un discurso académico, como a muchos gustaría, remontándose a tres centurias o más, buscando la primera causa y más antigua raíz en la primera crisis espiritual europea, por los días del Renacimiento y de Lutero. Piénsese que éste es un opúsculo de carácter popular, y que enredando mucho las ideas y sucesos, sólo se consigue aumentar confusión, en vez de aclararla. Por eso, nos atenemos a la pauta dada por el Fundador en su primer discurso político, cuando, sin remontarse a metafísicas y mentar a Descartes, se atiende y refiere a Rousseau. La perturbación europea empieza a ser visible con la revolución industrial inglesa de fines del siglo XVIII, y con la revolución política francesa de la misma época. De una y de otra nacen el liberalismo y el marxismo, así como las formas económicas en liquidación. A estos límites se ciñe el opúsculo presente.

I

No hay que caer en la ingenuidad de creer que los tiempos anteriores a los hechos fundamentales que determinan la época moderna —liberalismo político y económico, maquinismo— son de felicidad y paraíso. Afirmarlo es un fraude imperdonable, además de un acto impolítico, pues la propaganda fundada en mentiras es peor que su ausencia. Los tiempos anteriores a esos hechos señalados no fueron felices, pero con todo puede afirmarse, sin error, que eran mejores que los presentes. Concretamente, fueron mucho mejores para las clases pobres de la sociedad, para los trabajadores del campo y de la industria principalmente, pues las clases ricas han vivido bien en todos los tiempos.

Aquella sociedad no estaba mal organizada, y sus principios eran desde luego muy superiores. Antes de que se hubieran proclamado como dogmas políticos las afirmaciones de Rousseau, la sociedad se regía por ideas incommovibles y objetivas, cuya estabilidad no dependía del criterio de una mayoría, sino que descansaban, en último término, en Dios. La Verdad y la Justicia eran de estas ideas, y la bondad o maldad de la conducta de un Estado se refería siempre a ellas —nunca al criterio mayoritario de una organización representativa. Este mundo tenía, naturalmente, su dramatismo, y en él abundan las revoluciones. Había revolución, por ejemplo, si los señores o los grandes burgueses pretendían quitar al trabajador su casa, o al labrador las tierras de su propiedad o que llevaba en arriendo—, pero en todo caso, el trabajador tenía casa, y el labrador derechos inalienables sobre la tierra que labraba. El obrero industrial o el labrador alquilado de nuestros tiempos difícilmente podrían revolversse por causas semejantes, porque ni uno tiene casa, ni el otro el menor derecho sobre la tierra que siega. La diferencia entre las dos épocas queda, acaso, claramente explicada con este sencillo hecho.

Aquella sociedad terminó con un terrible fracaso. Su origen estaba en que los reyes, para librarse de la nobleza levantisca, protegiera a las clases burguesas ciudadanas. Pero esta clase burguesa creció y se enriqueció notablemente, y

había decidido enriquecerse más, y, sobre todo, detentar el poder. Lo primero, el enriquecimiento ilimitado, se lo impedían las organizaciones gremiales, sólidamente reglamentadas y protegidas por el Estado; a lo segundo se oponía la nobleza. Para resolver estas oposiciones, aconteció la Revolución Francesa.

La Revolución Francesa es el resultado histórico de las ideas animadoras de la sociedad culta europea inmediatamente anterior. Es inútil desgañarse sobre sus crueldades: no fué ni más ni menos cruel que una revolución cualquiera, y en cambio sus consecuencias fueron enormes. Todo el siglo XIX es hijo, política, social y económicamente, de la Revolución Francesa, lo mismo en sus conquistas positivas, que en sus errores y fracasos. Este proceso es el que vamos a analizar. Pero de antemano queremos dejar sentada esta afirmación: la Revolución Francesa la hicieron las clases burguesas, al parecer, para el pueblo. El pueblo tomó parte activa en la revolución, por lo menos en lo más cruelmente, espectacular de la misma; pero el pueblo no obtuvo ni un solo beneficio. El único que se le reconoce políticamente, hoy por hoy, es el sufragio universal y la igualdad ante la ley. La inutilidad del primero es evidente. Y en cuanto al segundo, ¿no sabemos de sobra que dicha igualdad se aplica rigurosamente a los pobres, en tanto que los ricos, lo mismo que antes de la Revolución Francesa, siguen salvándose o saliendo mejor librados? Quien quiera pruebas, entérese de los procedimientos judiciales del paraíso democrático de los Estados Unidos.

Las causas de la transformación. Hay un texto del Fundador en que, sintéticamente, se estudia este mismo proceso que vamos a referir; puede verse en su «Conferencia en el Círculo Mercantil» de Madrid.

A fines del siglo XVIII se producen tres acontecimientos aislados que, convergentes y reunidos, cobran estupendo volumen y extraordinaria importancia. Sus autores, un cura protestante, un profesor escocés y un filósofo ginebrino.

El cura protestante, llamado Arkwright, descubre, allá por los años de 1771, en Inglaterra, la máquina de hilar. El hilado de lanas era un trabajo accesorio de la población campesina; el descubrimiento de la máquina desplaza el trabajo

fuera de la casa y aumenta la producción, inundándose el mercado de hilados; tantos, que los tejedores no dan abasto. El tejido se traslada de los talleres privados a las fábricas, desplazando a los tejedores, que de pequeños industriales se convierten en proletarios. Porque la necesidad de trabajar les obliga a abandonar sus casas y tierras, trasladarse a los centros fabriles, alquilar su trabajo y vivir, realmente montados al aire, en las ciudades.

Pero este sencillo acontecimiento se complica, porque la construcción de máquinas acrecienta la industria del acero, y en consecuencia la del carbón y demás minerías. El volumen de mercancías transforma el comercio, y en pequeño, tenemos en pocos años montado el mundo capitalista tal y como lo conocimos. Destaquemos de él un hecho: el perjudicado de todo este proceso fué el trabajador, perdida su vida asentada y segura por la existencia ínfima del proletariado industrial.

Se dijo ya que, antes de esto, el trabajo estaba regulado y controlado. No había libertad de trabajo. Adam Smith proclama la conveniencia de que el Estado no intervenga para nada en los asuntos económicos (son muchos, aún, los que profesan la misma creencia que Adam Smith); que se les deje desenvolverse y que ya se arreglarán. A esto se llama, técnicamente, libre cambio. Significa la ruina de las antiguas organizaciones gremiales y la posibilidad ilimitada de enriquecimiento anhelada por las clases burguesas; porque si proclama la igualdad general ante el trabajo, no garantiza la posibilidad del mismo, porque sus condiciones establecen que sólo pueda organizar industrias, por ejemplo, el que tenga, no riqueza, sino dinero, «capital», prescindiendo de las condiciones morales, a que más tarde se hará referencia. El modesto artesano y el millonario burgués son libres de montar, verbigracia, una fábrica de tejidos; pero el primero «no puede», porque carece de dinero; y si quiere vivir, alquilará su trabajo.

Por último, Rousseau, el filósofo ginebrino, hombre sentimental y resentido, a quien molestaba, irritaba, la sociedad demasiado perfecta y delicada en que vivía, hace afirmaciones que perturban el mundo de la política, pero también el mundo de la moral. Rousseau proclama que la soberanía política reside en la nación, y como entiende por «nación» la suma de los ciudadanos, consecuentemente la soberanía se expresará

por la suma de las voluntades individuales de todos, por el «sufragio universal». Pero al mismo tiempo proclama la relatividad de los principios morales fundamentales, haciéndolos, del mismo modo, depender de una interpretación, de un criterio mayoritario.

Las consecuencias de estos tres acontecimientos señalados son graves, y pasemos a exponerlas.

Crisis del mundo moral. La existencia de principios morales inmutables e independientes de la voluntad humana no evitan, es cierto, la existencia de malos sujetos ni de malas acciones, individuales o colectivas; pero, por lo menos, permiten una clara clasificación, y también saber a qué atenerse respecto a la bondad o maldad de obras y personas. Pero en cuanto esos principios inmutables se sitúan en crisis, o se niegan, no sólo sigue habiendo personas malas y personas buenas, como antes, sino que la clasificación y separación se hacen difíciles, si no imposibles, por carecer de criterio valorativo con garantías de exactitud y justicia. Negar la objetividad de los valores morales representa, siempre, la quiebra del mundo moral correspondiente.

Pero los principios morales inmutables son, ante todo, una garantía del débil. Cuando periclitán, el débil es el primero en pagar las consecuencias. Nosotros no profesamos una moral sentimental al uso de anarquistas, pero sí principios justos cristianos, y sabemos y reconocemos la maldad de todo desafuero. Sabemos que si en un pueblo predomina la moral de los débiles, perece; pero sabemos también que los biológicamente fuertes no tienen por qué ser inmorales. Pues bien: a lo largo del siglo XIX predominó, no la moral, sino la inmoralidad del fuerte. Sólo se estimó por buenos el éxito y el triunfo, sin condiciones; pero los «capitanes de industria» y los «profesores de energía» del siglo XIX montaron sus aparatosos triunfos sobre millones de esclavos, lo cual, además de su inmoralidad, hace dudoso el triunfo, porque los esclavos, a la larga, acaban por rebelarse y tirarlo todo por tierra.

Los principios morales que sostuvieron y vivificaron la sociedad europea nacían de la vida religiosa; menospreciada ésta, hecho el hombre «centro del universo», la conculcación

de los principios fué fácil. Se quiso remediar con la «religión de la humanidad», con el filantropismo; pero eso de «la humanidad» es demasiado abstracto para que nadie crea en ello; y en cuanto al filantropismo, todos sabemos que fué la distracción de los negreros enriquecidos a costa de mercancía humana, cuando, de regreso a sus lares, y enmarquesados, buscaban un pretexto para gastar vanidosamente los millones *honestamente adquiridos* desde las costas de África a las plantaciones de algodón.

El sentimiento del honor, base de la sociedad occidental, perdió importancia y vigencia, e incluso fué objeto de burla e ironía por las nuevas sociedades. Al honor profesional, que obliga al hombre a servir honestamente a su profesión, siguió la despreocupación y el desenfado, y la correspondiente falsificación de servicios y productos. Al honor y dignidad personal siguió el cinismo y la desvergüenza. Y hasta se despreció el honor nacional: El ministro francés Guizot llegó a preferir «la paz y el interés de la civilización al honor y a la gloria nacionales».

En un mundo así, no es extraño que no preocuparan demasiado los sufrimientos de la masa que gemía en los suburbios ciudadanos, o en las tierras sin cultivar. Es fácil perder el respeto al hombre cuando, por despreciar o ignorar los grandes valores espirituales, no se reconoce al hombre mismo como portador de esos valores.

Primacía de los valores económicos. Se suele achacar a Carlos Marx la concepción materialista de la vida y de la cultura. Nada más inexacto. En este sentido, Carlos Marx no hacía sino utilizar científicamente un principio con vigencia práctica en el mundo burgués en que vivía. La concepción materialista de la vida es común al marxismo y a su enemigo el capitalismo. Se parecen en esto y en otras muchas cosas.

Se dice que es «materialismo histórico» aquella concepción de la vida en que se afirma que todos los fenómenos—religiosos, políticos, sociales, culturales, etc.—tienen causas económicas. La consecuencia inmediata de esta afirmación es proclamar la superioridad de los valores económicos sobre cualesquiera otros. Asimismo, la economía pasa al primer plano y al rango superior entre las actividades humanas, y el

hombre—el hombre portador de valores eternos, capaz de perderse o salvarse (hombre religioso)—, el hombre que tiene una misión que cumplir respecto al Estado, a la Nación y a la sociedad (hombre político) pasa a ser simple sujeto de la producción y del consumo, ente vivo que trabaja para vivir y vive para trabajar.

Así concebida, la existencia se torna horrible, y angustiada la humana intimidad. Cortadas las justificaciones de la vida, limitadas las actividades, desdenadas las más exquisitas, ¿qué papel tiene el hombre sobre la tierra? ¿Vale la pena la existencia? Así se engendra el terrible rencor, el resentimiento que, si no mueve montañas, mueve por lo menos masas ciegamente dirigidas a la total destrucción.

Pero aun hay más. Los encargados de realizar estos valores, de mover industrias y riquezas, gentes de rapiña, todo lo sacrifican a su interés: el interés ajeno y hasta el mismo interés de la Patria a que pertenecen. Es decir, al que pertenecen nominalmente; porque antes que el proletariado universal se declara sin patria, el capitalismo internacional vivía prácticamente sin ella. ¿Qué quiere decir, si no, que la familia judía de los Rothschild procurara que sus descendientes varones naciesen en Inglaterra, Francia y Alemania, fundando en cada uno de esos países «dinastías de Rothschilds», con varias cabezas visibles y un solo capital común? Pero esto lo estudiaremos aparte.

El internacionalismo capitalista. Queda dicho que la internacional de los banqueros fué anterior a la internacional de los proletarios; y tan enemigas de la Patria una como otra. El Estado, la Nación, la Patria, tiene principalmente intereses que vamos a llamar históricos, y en principio, todos los intereses inferiores restantes deben sometersele. Esto choca con la concepción materialista (capitalista o proletaria). Pero la táctica del capitalista es, no negar las patrias, sino hacer de ellas entidades a su servicio y objetos de especulación. En nombre de las Patrias se hacen las guerras, y las guerras son siempre un luen negocio. Resulta penoso saber, por ejemplo que los mozos del Paraguay y los de Bolivia se están matando por el conflicto del Chaco, hecho cuestión de honor nacional, cuando en realidad se trata de una cuestión promovida por dos sociedades petroleras enemigas que se disputan magníficos campos de producción.

El materialismo capitalista, como el materialismo marxista, se hace internacional y cosmopolita. No sólo está por encima de los intereses de la Patria, sino que los crea contrapuestos. Por eso, cuando los pueblos recobran conciencia de sí mismos, acaban por revolverse contra el internacionalismo capitalista igualmente que contra el internacionalismo marxista. Porque, a la postre, son el anverso y el reverso del mismo fenómeno.

El instrumento político del capitalismo internacional contra las Patrias es la Masonería. Pero no sólo esta institución, sino la misma subversión social de tipo izquierdista, es instrumento en manos del capitalismo. No es un secreto que la dirección de las organizaciones obreras internacionales pasó de manos de soñadores a manos de especuladores, demasiado inteligentes para creer en la posible redención comunista del obrero y del campesino. Estos sujetos aprovecharon el ansia de reivindicaciones y de justicia de la masa trabajadora, canalizándola como fuerza política al servicio del mejor postor. El capitalismo se vale de ella para sus fines: es muy fácil, para arruinar una empresa enemiga, provocar una huelga en su personal; fué un procedimiento vigente en España y fuera de ella durante muchos años. Y es muy fácil también, si se quiere evitar el resurgir económico de un país, provocar en él un estado constante de agitación callejera que impida o dificulte todo ascenso. Lo fundamental en ambos casos es repartir dinero a los dirigentes, que el pretexto ideológico o la injusticia concreta que lo justifiquen a los ojos de las masas es de fácil improvisación.

La ingenua fe en el progreso. Sería estúpido negar el enorme progreso de la técnica durante la época capitalista. Coincidente con un período de descubrimientos científicos importantes, se obtuvo de ellos el mayor resultado en cuanto a mejoramientos técnicos. La civilización industrial es, realmente, imponente y digna de tenerse en cuenta.

Pero no vamos aquí a valorarla, sino a examinar la actitud del hombre medio europeo y americano ante ese imponente espectáculo de producción y mejoramiento. El hombre medio europeo y americano, medianamente «ilustrado», careció a lo largo del siglo XIX y carece todavía, de una robusta

personalidad espiritual y moral que le permita sentirse seguro en medio del atolondrado mundo contemporáneo. Este tipo de hombre, generalmente ciudadano, a medida que la civilización crece y se perfecciona, va sintiéndose achicado, empequeñecido, hasta tal punto que llega un momento en que su actitud es de sumisión real y absoluta a los objetos. De la misma manera que en el terreno industrial el hombre es servidor de la máquina, en el terreno privado vemos que el buen burgués que llega a poseer una radio, un automóvil, un admirable objeto cualquiera, se coloca ante él en tal actitud, que en vez de tenerlo a su servicio, lo sirve él. Este hombre —por otra parte el más corriente en nuestros días— acaba teniendo un concepto íntimo de sí mismo muy inferior al realmente debido, y, en consecuencia, acaba valorando exageradamente los progresos que la ciencia y la civilización le brindan. Acaso a estas horas mismas, en muchas partes del mundo a semejante entusiasmo siga decepción y melancolía; pero si nos trasladamos a los años felices de mil ochocientos cincuenta, de mil ochocientos setenta, veremos que, no sólo el burgués medio, el pobre hombre acomodado y medianamente ilustrado, sino las mismas clases que obran como superiores en la sociedad, padecen idéntico error y espejismo: la verdad evidente del progreso de la técnica la aplican a todo género de actividades, incluso al mundo moral, y por todas partes corre como moneda de buena ley la fe en el Progreso indefinido, y la seguridad en el mejoramiento del hombre. Las conquistas de la civilización —se dice, se piensa, se escribe— popularizadas, encaminadas a todos, «democráticamente», crearán un mundo feliz. Y es tan profunda esta fe en el progreso, que el mismo Lenin, padre y conductor de la Revolución rusa en su primera época, la participaba: es bien sabido que Lenin aspiraba a organizar el pueblo ruso según el modelo americano de Chicago; es decir, sometiendo a los millones de rusos a la esclavitud de la civilización con la seguridad —¿por qué dudar que Lenin lo esperase realmente?— de que a la vuelta de los años, de muchos años, aquello se volvería hacia el hombre y sobrevendría el mundo admirable sin estado y sin normas, el mundo comunista-anarquista color de rosa, realización de los sueños de Bakunin, que late como un sueño en el fondo de todo agitador social. (El escritor inglés Aldous Huxley ha dibujado irónicamente este utópico paraíso en su novela «El Mundo Feliz», que ver-

tió a la lengua castellana el camarada Luis de Santamarina).

La realidad que nos circunda es la mejor razón contra los creyentes en la religión del progreso. Contra ella podemos dirigir, a guisa de contrarrazones, las afirmaciones siguientes :

El progreso industrial ha perjudicado al trabajador, dejándolo sin trabajo ; no habiendo mejorado en nada su vida material.

El progreso industrial ha engendrado ese monstruo llamado «ciudad moderna», en la que el hombre, trabajador o no, se deshumaniza y pierde sus mejores calidades, hasta convertirse en un número.

La vida moral del hombre no sólo no mejoró, sino que se ha perturbado a causa del progreso industrial y de sus consecuencias sociales.

La relación entre el hombre y la máquina es de tal manera contra naturaleza, que prácticamente el hombre vive hoy al servicio de la máquina, y no viceversa, como se esperaba. Recuérdese la película «Tiempos Modernos», de Charles Chaplin.

La civilización industrial ha aumentado las diferencias entre los hombres, agravándolas hasta la exasperación y dividiéndolos en bandos irreconciliables. Etc., etc.

¿Quiere todo esto decir que debemos adoptar una actitud negativa contra los resultados y conquistas de la civilización : es decir, que por ejemplo debemos destruir hasta la memoria de los automóviles, y volver a caminar en carrilana? De ninguna manera. Todo eso tiene un valor positivo, y debe ser conservado, y aumentado si es posible. Nuestro quehacer es de otra naturaleza, y resumirse así :

Es necesario borrar del hombre la creencia de que todo mejoramiento técnico o material supone un mejoramiento paralelo en los restantes órdenes de la actividad humana. El mejoramiento total del hombre, en la medida de lo alcanzable —no es prudente sumergirse en utopías— obedece a otras razones, que no a los adelantos de la ciencia.

Puede aplicarse al mundo de la técnica el criterio del progreso, pero de ninguna manera al mundo

de la cultura intelectual, ni menos al mundo de la moral. Por mucho que se adelante, v. gr., en la navegación aérea o en la curación de enfermedades, los límites de la vida moral del hombre serán los mismos, e idénticas sus imperfecciones.

Es necesario reconocer, y hacer de ello **CONSIGNA POLÍTICA**, que la conducción de las conquistas de la civilización por el capitalismo ha perjudicado la vida espiritual del hombre contemporáneo —no sólo del obrero.

Hay que devolver al hombre su antigua dignidad; hay que devolverle la conciencia de superioridad ante la máquina; hay —con frase del Fundador, «que devolverle los sabores antiguos de la norma y el pan»— que hacerlo más humano, más sencillo, y más elementales y dignas sus relaciones con las cosas.

Esto no es pesimismo; es, sencillamente, instalarse en la realidad. Todo el que pretenda atraer la atención, y aun la acción, de los hombres, predicando lo contrario y prometiendo indefinidos progresos, es en principio un embaucador. Necesita el mundo que el hombre recobre la conciencia de sus propios límites, de su destino y de su valor; y que, en consecuencia, vuelva a las pérdidas actitudes heroicas.

La democracia y el sufragio universal. Hasta aquí se trató de conquistas de orden material; quedan las de orden político, que todavía muchos «sesudos homes» no se atreven a negar abiertamente.

La primera es la «democracia» o gobierno del pueblo por el pueblo. Es una delicada fantasía, que puede formularse, sintéticamente, así: el pueblo es el depositario del poder; luego a él corresponde gobernar. Pero como no puede, técnicamente, organizarse el gobierno por todos, el pueblo debe elegir sus representantes, sus mandatarios, que gobiernen en su nombre.

La primera quiebra de la teoría la representan los que no aceptan la imposibilidad del «gobierno de todos» —o sea, de la ausencia de gobierno—. Son los anarquistas. El anarquismo es la consecuencia más sincera de la democracia. Por-

que, ¿quién garantiza o asegura que, efectivamente, el gobierno de todos por todos no es posible? Es decir : el gobierno de cada uno por sí mismo, que sería la forma de realización. El hombre es, naturalmente, bueno, etc., etc. Toda forma de gobierno es opresión... y, además, zarandajas. Indudablemente, el anarquismo es la forma más sincera de la democracia.

Pero el anarquismo es un sueño de perturbados, de anormales o de inadaptados, y los conductores de las democracias no tienen nada de eso. Los conductores de las democracias son gentes perfectamente conscientes de la realidad, que dan a sus propias afirmaciones teóricas el valor que tienen, ni más ni menos.

Hemos dicho, en algún lugar de este opúsculo, que una de las causas de la Revolución francesa fué el deseo de la burguesía de detentar el poder. El liberalismo político fué su pretexto. Efectivamente :

Se proclaman los principios de libertad, democracia y sufragio universal, en forma de pactos llamados Constituciones, donde todas estas cosas tienen sanción y reconocimiento. La democracia, o gobierno del pueblo por el pueblo, es el principio fundamental, y nadie piensa en discutirlo. La libertad es otro principio fundamental, pero de mayores consecuencias prácticas : se traduce en libertad de opinión y libertad de conducta (ya hablaremos de la libertad de trabajo). Pero la opinión se expresa verbalmente y por escrito : hay que reconocer la libertad de Imprenta y de Prensa. En cuanto al sufragio universal, su reconocimiento es sólo como principio ; la concesión se hace gradualmente, como si se administrase una golosina a un niño con temor de empacho. Por fin, acaba concediéndose hasta a las mujeres.

Pero, para que la política sea posible, es necesario convencer a los demás, ganarse, con los votos, las opiniones. Y nada es más sencillo. El instrumento de la Prensa moderna es maravilloso para ello. La Prensa suministra opiniones baratísimas a los que carecen de ellas, que son los más. La servidumbre del hombre moderno a la Prensa es mayor aún que su servidumbre a la máquina. Lo que apa-

rece impreso es evangélico. De esta manera, la tarea de mandar en el mundo democrático consiste en poseer los medios de propagación de opiniones —es decir, la Prensa—. Quien tiene dinero para poseer periódicos se ha asegurado el poder. De esta manera el hombre ingenuo que va a depositar su voto, muy convencido de que ejerce un sagrado derecho nacido de su libertad, no sabe que la opinión que mueve ese voto ha sido ganada de antemano por un magnate de la Prensa que, a lo mejor, lo está explotando en su trabajo. El hombre ingenuo queda, sin embargo, muy satisfecho; pero el magnate gobierna, directamente o por medio de los profesionales de la política a sueldo.

Pero, si esto fallara, o si el país no estuviera lo bastante adelantado para permitir esta perfección técnica, queda la falsificación de elecciones. En España sabemos mucho de esto. No hay que lamentarlo.

Queda la inalienable libertad del hombre moderno, esa libertad ganada a fuerza de sangre en cien años. Libertad de trabajo, libertad de residencia, etc., etc.

Pero, ¿qué importa al hombre moderno que las Constituciones le reconozcan esos derechos, esas libertades, si no garantiza la posibilidad de hacerlos reales o efectivos? Más bien esa misma libertad, universalmente entendida, garantiza todo lo contrario. La ley no protege al débil contra el fuerte, sino que los coloca en el mismo plano de igualdad; y es natural que, en estas condiciones, el fuerte triunfe y someta al débil. Así, el hombre moderno —no sólo el proletario— vive sumergido en una esclavitud tan auténtica y real como las antiguas esclavitudes jurídicas, pero disfrazada en proclamações de la más maravillosa de las libertades. Pruebe, si no, el hombre moderno a ejercerlas, y verá.

Las consecuencias de la transformación políticosocial y económica del mundo, que venimos estudiando, se pueden resumir así:

Proletarización de los trabajadores, creando grandes masas de hombres que alquilan su trabajo, única cosa que poseen. Estas gentes sin arraigo, sin amor

a su propia obra, sin fe ni participación en los destinos de la Patria, constituyen el mayor peligro de la sociedad que las engendra, por su capacidad subversiva y destructora.

Sumisión de toda clase de intereses políticos, estatales, nacionales, a los intereses económicos; reconocimiento legal de la independencia del mundo económico y de la incapacidad del Estado para intervenirlo o dirigirlo.

Desplazamiento del Poder a las clases capitalistas, a las «oligarquías financieras», que lo ejercen mediante políticos profesionales a sueldo, con el compromiso de respetar, sobre todo, los intereses económicos.

Desaparición de los Estados y las Naciones como sujetos históricos, con predominio de las tendencias internacionalistas, manejadas por las entidades económicas internacionales.

Empequeñecimiento del hombre, reducido a simple factor económico, con pérdida de su dignidad.

Fracaso de la propia organización capitalista por sus propias imperfecciones, originando desequilibrios internos de extraordinaria importancia con la superproducción y el paro. Destrucción de productos para mantener los precios, habiendo grandes masas que padecen hambre.

Canalización del descontento por el marxismo en sentido destructivo, no sólo de la organización capitalista, sino de todo el sentir cristiano y occidental de la existencia, con desaparición de los más excelsos valores.

Pero este último aspecto merece una consideración especial y aparte, por su extraordinaria importancia.

II

No ya en la época decadente del capitalismo, sino en su mayor auge, sus consecuencias sociales fueron deplorables. El estado de las masas proletarias de las grandes ciudades fué lamentable. Muy pronto surgieron, aquí y allá, voces de todos los matices proponiendo remedios. Nos interesan, por sus consecuencias, las primeras teorías comunistas —el llamado «comunismo utópico»— y ciertas experiencias inglesas.

El conde de Saint-Simon, en Francia, fué cabeza de un movimiento de naturaleza presocialista, que fracasó al intentar realizarlo en pequeña escala. El mismo fin tuvieron los intentos, mucho más avanzados, de Fourier. Posteriormente se intentaron «talleres colectivos», que gozaron de vida efímera. Pero de todos estos movimientos se obtuvo un resultado positivo: preparar el ambiente anticapitalista y forjar las primeras críticas del sistema.

En Inglaterra, país menos dado a teorías, es muy interesante la experiencia colectivista de Owen en su fábrica New-Larnack. Afirmaba este empresario «que sin profundas reformas sociales, la industria del algodón representaba una maldición para su país; que los trabajadores, si se elevaba su nivel humano, producirían más y mejor; que por solo motivos de interés económico, un intendente de esclavos debería abstenerse de tratar a los trabajadores del modo como debían tratarlos». La experiencia de Owen, si no cuajó como sistema, fué la base del posterior movimiento social inglés de las Trade Unions.

Pero todos estos ensayos, y otros parecidos, no hubieran dejado rastro en la historia sin Carlos Marx y el socialismo científico.

Carlos Marx, en su obra «El Capital», realizó la crítica del sistema capitalista. Creyó él haber hecho la crítica de todos los sistemas económicos, pero es el hecho que sus afirmaciones son sólo válidas para el capitalismo tal y como lo pudo observar en la Inglaterra del siglo XIX.

Varias son las ideas fundamentales de Marx, pero nos interesan, por sus consecuencias, el «materialismo histórico» y el dogma de «la lucha de clases».

La concepción materialista de la historia, vivida prácticamente por la sociedad capitalista, es formulada por Marx con aparato científico y graves consecuencias. El materialismo despoja a las muchedumbres trabajadoras de todos los restos de la antigua espiritualidad; las despoja de honor, de religión y de moralidad. Sin estas bases de la personalidad, los sentimientos que nacen como reacción a su deplorable estado, sentimientos de venganza y destrucción, pasan a motivos fundamentales de la conducta, y transforman en algo vil lo que antes era afán de justicia. Llega incluso a desplazarse esta ansia, para dejar en pie, solamente, aquellos sentimientos. La transformación de las masas por el materialismo es tan grande y tan profunda, que los motivos fundamentales de su reacción llegan a desaparecer. Donde antes se manifestaban obreros razonablemente encaminados hacia pretensiones justas, se manifiestan ahora verdaderas hienas. No es necesario añadir que el sentimiento de Patria, «ese mito burgués», se ha borrado cuidadosamente de todas las conciencias.

Esta manera de producirse el proletariado actual, tiene otro motivo aún, y es la lucha de clases. El triunfo de la clase obrera —preconiza Marx— no se conseguirá mediante evolución, ni pacto, ni por medio legal alguno, ni siquiera por una revolución al estilo antiguo. La revolución proletaria será la manifestación violenta de la «lucha de clases», de la disposición de unos hombres contra otros, dentro del mismo cuerpo social, nacional y cultural, por la diferencia de clases. Pero, ¿responde a la realidad la teoría de clases del socialismo? ¿No hay en el mundo, efectivamente, otra clasificación que la de proletarios y burgueses? ¿No es esto un sofisma? Pero este sofisma, que una simple mirada desapasionada y crítica a la sociedad actual desvirtuaría en seguida, vivió como artículo de fe en las masas de proletarios de todos los países durante cerca de cien años, y es hoy uno de los postulados fundamentales de la revolución soviética. La monstruosidad del dogma de la lucha de clases perturba las naciones, rompe la unidad de sus hombres, abre una zanja infranqueable entre los que nacieron en la misma Patria y debieran estar unidos por una comunidad de anhelos y de destino. Pero al marxismo no le interesa la Patria. Predica la Internacional socialista, que es la respuesta proletaria a la Internacional burguesa y capitalista. Para todo el que no ve en el mundo sino un juego de fuerzas económicas —llámese proletario o

burgués—, ¿qué le interesa la Patria, el destino nacional? ¿Qué le interesan las grandes construcciones del espíritu?

Honor personal y nacional, vida moral, religión, cultura, son cosas que el marxismo proclamó como conquistas de la civilización burguesa y armas para la opresión del proletariado. Pero fácilmente se ve que esas llamadas conquistas burguesas fueron las primeras en sufrir los ataques del materialismo capitalista. En nombre de esas ideas, que constituyen el núcleo de la cultura tradicional, la medula del ser nacional, contra unas y otras internacionales —contra la de los banqueros y la de los proletarios, que, aunque aparentemente paralelas, acaso se encuentren y coincidan en alguna parte— se levantan las respuestas nacionales.

Es necesario reconocer que la primera ofensiva contra los valores espirituales y sociales no partió de la clase proletaria ni del socialismo. Esta ofensiva se debió, en primer término, a la clase burguesa, colocada en un mundo cuyos resortes más íntimos no podía poseer ni alcanzar. La ofensiva se manifestó en forma de sátira social contra los «mitos» del honor, y la sociedad toleró y aplaudió las sátiras. El siglo XIX es un largo proceso de resquebrajamiento del mundo de valores espirituales occidental y cristiano. Las clases depositarias tradicionalmente de estos valores se sintieron afectadas por el ataque burgués, y sucumbieron: de ahí la incapacidad histórica de la mayoría de las aristocracias europeas. El proletariado utilizó esta circunstancia como arma política, que es muy importante; pero a la vez perdió el espejo y la dirección de las clases superiores, y perdió el respeto a los valores del honor, de la disciplina, del deber, del servicio, del orgullo, lo cual es más importante todavía. De esta manera fué posible que los hábitos, costumbres y valoraciones de la sociedad de nuevos ricos de América del Norte se impusieran como norma general en todo el mundo civilizado.

La obra histórica del socialismo. En esta sociedad desordenada y sin núcleo moral y espiritual firme, pudo el socialismo hacer grandes progresos, y los hizo de hecho. Comenzó dirigiéndose a los trabajadores de todo el mundo, con exclusión de las restantes clases sociales. (El socialismo nunca se dirigió al burgués, al aristócrata, ni siquiera al intelectual, en busca de prosélitos, porque el so-

cialismo no aspiraba a transformar la sociedad por convicción.) La situación moral y material del proletariado favorecía su acción subversiva. Se organizan las internacionales con un programa revolucionario; pero su labor, hasta pasada la guerra europea, se limita a resquebrajar el capitalismo, arrancándole, liberal y parlamentariamente unas veces, por medio de la huelga otras, concesiones de tipo económico en materia de salarios y horas de trabajo. El socialismo, así ordenado, se convierte en un partido domesticado que acaba colaborando con la burguesía e interviniendo en el gobierno normal de los estados. Paralelamente, la sociedad se organiza, económicamente, en sentido menos individualista, y a la actividad particular y a la propiedad particular de capital, siguen las grandes empresas de absorción, la «concentración de capitales», que anula la pequeña actividad económica, la pequeña propiedad, y hace que países como los Estados Unidos vivan prácticamente en régimen socialista.

La revolución comunista rusa altera esta actuación del socialismo. Viviendo circunstancias distintas de las de los pueblos de occidente, Rusia sucumbe a la guerra europea y es campo fértil para que los soñadores de la Tercera Internacional desarrollen su utopía. La especial forma de interpretación del socialismo marxista por el genio ruso, tiene su realidad en la República socialista soviética. Pero el comunismo no se limita a la organización del imperio ruso. Comienza una propaganda universal admirablemente conducida, que acaba gozando en todos los países de protección por aquellas clases contra las que va dirigida. No sólo el proletariado, sino las clases intelectuales, la burguesía y la aristocracia, se dejan conmover por el oropel ruso, por las promesas de felicidad del paraíso ruso. Esto es una muestra más del estado de debilitación de la sociedad europea.

Pero el comunismo ruso, que comienza siendo una nueva doctrina de redención, y que hubiera tenido la misma suerte que sus semejantes, sufre una transformación honda, consecuencia de la evolución de Rusia. Rusia ya no es solamente el paraíso de los trabajadores: es un estado con ansias de dominación universal. En su interior, hace las más diversas concesiones, marcadamente antimarxistas, sobre todo en materia económica, y entra en el concierto político y económico de los países burgueses. Pero al mismo tiempo, comienza a valerse de las organizaciones internacionales como instru-

mentos indirectos de poder. La finalidad es organizar repúblicas soviéticas en todo el mundo ; pero muy principalmente en los países estratégicos. De esta manera, el poder universal pasaría a manos de Rusia, convertida en maestra y conductora de repúblicas soviéticas domesticadas.

Esta es la realidad de la «revolución universal proletaria» predicada por el comunismo. No cabe dudar que su vitalidad, su importancia histórica, es extraordinaria : es la única fuerza capaz de oponerse al fascismo. De la misma manera que toda política positiva en orden a la patria y a la renovación social, acaba transformándose en fascismo, o siendo asimilada por él, todos los grupos llamados de izquierda, socialistas o no, acabaron girando en la órbita del comunismo, que los utiliza como instrumentos y los destruye cuando le parece oportuno.

Los resultados prácticos del socialismo en orden a los obreros. Parece razonable pensar que este gran movimiento subversivo realizado bajo el nombre y la figura de Marx trajera grandes y estimables beneficios económicos para el proletariado, masa en que apoyaba y verdadera protagonista de su revolución. Pero esos beneficios no se han visto por ninguna parte. En los países capitalistas, el socialismo domesticado obedece inspiraciones y consignas de los grandes grupos financieros internacionales, bien para fines económicos, bien para otros fines, políticos principalmente. En el orden internacional, el proletariado sirve con su dinero y con su sangre a las conveniencias políticas de determinadas naciones. Véase el caso de nuestra guerra : en un principio, el proletariado en armas siguió las inspiraciones imperialistas de Rusia, a quien convenía tener en sus manos, para especular luego, la llave del Mediterráneo. En su segunda fase, la España roja defiende los intereses de los llamados países democráticos contra los totalitarios. Y no de una manera velada o artera : este papel se otorgan los propagandistas de la España nacional, verbigracia, en Francia o en los Estados Unidos.

Pero beneficios morales y materiales, ni soñarlos. Ya no en España, sino que ni siquiera en los países extranjeros donde más influencia hayan alcanzado. Porque si en los Estados Unidos el obrero que trabaja vive bien —llamémosle a eso vivir bien—, no ha sido por lo que le haya procurado el

socialismo, sino por las especiales condiciones del mundo económico norteamericano basado en principios de facilitar y ampliar la capacidad de consumo. Es decir: porque a los magnates de la industria norteamericana conviene que el obrero consuma sus productos, que de otra manera quedarían mermados en su venta.

Por eso los quince millones de parados de Yanquilandia significan una merma considerable de compradores; por eso es tan importante para la gran industria yanqui el problema del paro. Pero ni los judíos de Wall Street ni las sociedades marxistas son capaces de resolverlo.

Breve resumen de conflictos pendientes, originados por el liberalismo y el socialismo. Prescindamos de nuestra guerra, mucho tiempo há terminada, si las potencias liberales y socialistas no tuvieran interés en continuarla.

Limitémonos a una simple enumeración de hechos de orden económico y político pendientes de solución:

Problema general de mejoramiento de vida de las clases trabajadoras. El liberalismo es incapaz de resolverlo; pero también lo es el comunismo, y la prueba de hecho (no la prueba teórica) está en la propia U. R. S. S.

Problema del paro obrero. Los países totalitarios, a costa de grandes sacrificios, la han resuelto. En los países democráticos es cada vez de mayor gravedad.

Problema de la superproducción. La industria produce artículos que no se pueden consumir, no sólo por falta de capacidad adquisitiva en las masas, sino por la guerra de aduanas y tarifas que los países liberales —basados, sin embargo, en el principio del libre cambio— no dejan de hacerse.

Problema de pérdida de unidad interior, espiritual y política, de los países liberales. Los países liberales andan por ahí como andábamos por España, «con el alma partida» en frentes nacionales y frentes populares, azuzadas unas contra otras las clases del mismo Estado, haciéndose feroz guerra sorda que acabará por poner en peligro los Estados mismos.

Problema de la paz del mundo. La democracia impuso un pacifismo burocrático sedente en Ginebra, a cuyo fracaso hemos asistido. La pugna entre países democráticos y totalitarios, que no es precisamente una pugna de principios, puede terminar con una catástrofe mundial de consecuencias incal-

culables, del que ninguna se beneficiaría, y cuyo principal perjudicado sería en todas partes el trabajador.

Estos son, a grandes rasgos, y fijándonos sólo en los más graves, los problemas que nos dejan de herencia ciento ochenta años de historia. Duro ha sido nuestro destino, al tocarnos intentar la solución. Vivimos años de gran intensidad, y los que aun somos jóvenes, asistaremos a grandes cambios en la estructura social y política del mundo. Tendremos en la transformación lucido papel. Los españoles, particularmente, podemos tener el de protagonistas. Decía el Fundador que «el pueblo que da con la última palabra de los tiempos se pone a la cabeza». Intentemos nosotros dar con la última palabra y ser nuevamente ejemplo y guía del mundo. Es posible. Oigamos, para finalizar, estas palabras tremendas de Ramiro Ledesma Ramos :

«Quizá la voz de España, la presencia de España, cuando se efectúe y logre de un modo pleno, dé a la realidad trasmutadora su sentido más perfecto y fértil, las formas que la claven genialmente en las páginas de la Historia Universal.»

¡ARRIBA ESPAÑA!



Presidente de la Cámara de Diputados



Presidente de la Cámara de Diputados



Presidente de la Cámara de Diputados



Presidente de la Cámara de Diputados



Presidente de la Cámara de Diputados



Presidente de la Cámara de Diputados



Presidente de la Cámara de Diputados



Presidente de la Cámara de Diputados



Presidente de la Cámara de Diputados



EDITORA NACIONAL